

eL carrO deL heno

mahleR, aquí y ahorA

antoniO herediA

El año 2011, recién acabado, tuvo una efeméride musical inolvidable para todo buen aficionado a la música. Se cumplió cien años de la muerte del compositor y director de orquesta Gustav Mahler. Un músico que, parafraseando el subtítulo de la obra del crítico Norman Lebrecht, cambió el mundo con diez sinfonías y un corto número de otras composiciones musicales.

Mahler tuvo la osadía de concebir su proyecto musical sinfónico como la «construcción de un mundo a través de todos los medios y recursos disponibles». Tarea ciclópea de dimensiones trascendentes por cuanto pretendía, nada más y nada menos, que dotar de sentido y significado a ese mundo por medio de la música. Un mundo musical complejo, laberíntico, construido para orientarse en él a base de preguntas algunas tan viejas como la humanidad. Porque, intentemos verlo de este modo, Mahler eligió la posición de quiénes se sienten en un mundo, un universo plagado de señales y respuestas y que adoptan la inquebrantable misión de descubrir de qué interrogantes, de qué preguntas proceden esas respuestas. Posición y actitud que se acerca, por su similitud, al proceso de construcción del conocimiento científico a lo largo de la historia. Una posición y un *pathos* vital que ha quedado bien certificado por sus biógrafos. Como dijo en una ocasión a su mujer: «Saber preguntar, Alma, es lo más enriquecedor que nos puede suceder». Sólo que, a diferencia de los científicos, las herramientas que utilizó Mahler para su cosmogónica tarea fueron, como él mismo declaró, todas las disponibles a nivel musical: temas de canciones populares y rústicas, sonidos arrancados a la naturaleza y a la calle, marchas y fanfarrias militares, uso frecuente de instrumentos secundarios y sobre todo la consciente ausencia de una música programática lineal. El resultado final fue una obra breve pero con una fuerza atemporal y desgarradora. Todo un mundo musical que es fiel espejo del mundo real.

Si traemos a Mahler a esta breve columna es por algo más que un aniversario. Quizás porque su obra representa como nadie ese enigmático y palpitante mensaje que nos inmortalizó El Bosco en la parte central de su tríptico *El Carro del Heno* y que da título a esta sección: los conflictos, las fracturas y las contradicciones de toda una época. ¿De qué época...? Sólo tenemos que mirar a nuestro alrededor, abrir los periódicos, navegar por Internet y, sobre todo, mirar a y desde la calle para obtener la respuesta. El mismo Mahler lo había anunciado con profética lucidez: «Mi tiempo llegará». Sin lugar a dudas así ha sido. Mahler vive. Está aquí y ahora.

curaR IA heridA

cristinA consuegrA

Para Antonio M. Sánchez

Qué escribir en un instante como el que acontece. Qué leer. A qué ideas apelar cuando la realidad pesa tanto como el acero, cuando ésta desaparece tras una bruma espesa cuya procedencia se desconoce pero cuyo efecto, día tras día, se percibe en los bolsillos de la ciudadanía y en el ánimo de las noticias. A pesar de esta primera duda, el instinto conduce a pensar que parte de la luz que se intuye al final del túnel pasa por el ejercicio de la palabra y el pensamiento, ya que la historia ha demostrado que un pueblo alejado de la cultura y el conocimiento es un pueblo tendente a la manipulación y puesto al servicio de la fábrica de opiniones. Quizá por ello, en la actualidad hay lecturas que se presentan como urgentes, lecturas que pueden ayudarnos a entender este instante y afrontarlo con una mirada crítica y combativa. *Desobediencia civil*, de Henry D. Thoreau, y *Cómo nos venden la moto*, de Noam Chomsky e Ignacio Ramonet, son títulos enfocados a clarificar nuestra actitud hacia lo que acontece. Pero no sólo en las obras de corte ensayístico el individuo encuentra la poesía que el alma precisa. De hecho, la ficción literaria no cesa en su empeño por demostrar que es una disciplina incendiaria, y obras recientes o necesarias reediciones así lo atestiguan, proporcionando al lector ese territorio personal e intransferible en el que encontrar algo de aliento. Me refiero a obras como *Vidas prometidas*, de Guillermo Busutil; *Solo para mujeres*, de Marilyn French; *Purga*, de Sofi Oksanen; *Sunset Park*, de Paul Auster; *La noche feroz*, de Ricardo Menéndez Salmón, y *El asesino hipocondriaco*, de Juan Jacinto Muñoz Rengel, títulos diversos con características formales y discursivas apuntaladas por la creencia en que parte del devenir del ser humano pasa por el uso preciso de la palabra. Quizá la clave esté en que mientras haya ideas habrá esperanza: mientras exista la palabra, mientras el individuo sea capaz de razonar por sí mismo, las heridas serán más fáciles de sanar.